

Capítulo 221 - Fracturando Rocas - Topo de Tunel: Causando Estragos en Dos Mundos

- [Capítulo 221 - Fracturando Rocas - Topo de Tunel: Causando Estragos en Dos Mundos](#)

Capítulo 221 - Fracturando Rocas - Topo de Tunel: Causando Estragos en Dos Mundos

La caverna era inmensa, mucho más larga que ancha, extendiéndose en ambas direcciones. En cualquier rincón se evidenciaba la actividad minera. Circunvaló grandes fosos abiertos de cien pies de ancho y varios cientos de pies de profundidad, con escaleras de piedra que descendían hacia túneles horizontales en la roca. Observó una docena más de escaleras en espiral que subían hacia grietas en el techo y continuaban en ellas. A lo largo de las paredes, se extendían túneles sin fin en todos los niveles. Algunos apenas alcanzaban una docena de pasos, mientras que otros se adentraban formando un laberinto sin salida. Cinco veces fue atacado por Acechadores de Piedra. Eran criaturas de gran tamaño, entre los niveles 8 y 11, aunque no jefes. Los seres más lentos le resultaron fáciles de detectar. En los túneles, se vio obligado a luchar contra dos de ellos, esquivando y golpeándolos con garras, cola y un pincho afilado hasta que se desmoronaron en escombros. Los tres que lo sorprendieron en el exterior fueron más entretenidos, pues le permitieron experimentar con hechizos. Buscaba combinaciones de sus runas que fueran efectivas en combate sin enviarlo a la enfermería. Su primer hechizo era una Runa de Fuerza, modificada por runas de ingeniería enana que fortalecían y controlaban el flujo de fluidos. Añadió la Runa del Vacío, la última vez que escuchó la voz de Kepler en su cabeza, describiendo fuerzas iguales y opuestas. Mientras un Acechador de Piedra avanzaba lentamente, mantuvo la formación rúnica en su mente y vio cómo se materializaba en el aire frente a él, brillando con runas conectadas por círculos y esferas. La maná le fue drenada, y activó la formación. Las runas se convirtieron en pura fuerza, lanzándose directamente contra su enemigo. La Runa del Vacío absorbió la fuerza opuesta que se dirigía hacia Milo. El monstruo recibió un golpe fuerte cuando el hechizo aceleró el aire y todo lo que tuviese delante, directo en el pecho del Acechador, lo empujó hacia atrás unos veinte pies y rajó su armadura en un círculo de seis pulgadas de ancho. Solo resultó levemente herido. Milo retrocedió cuarenta pies y comenzó a crear una formación modificada, reduciendo el radio a solo tres pulgadas. Repetió la comprobación y activó la segunda formación. En esta ocasión, el hechizo impactó en el pecho del monstruo, produciendo una explosión de fragmentos de piedra y polvo. El Acechador volvió a ponerse en pie y cargó contra él. Milo repitió la misma técnica, con resultados similares, y en su cuarto intento, logró destrozar a la criatura en escombros. La experimentación con las formaciones le emocionaba. Controlaba las variables y podía experimentar sin cesar. Pero esto le costaba. Sudaba y se sentía mentalmente agotado. Kepler le había advertido varias veces sobre las consecuencias de construir mal una formación. Milo no quería que le volaran un brazo. El Dios de las Estrellas tenía seis; él solo dos y una cola. Y le

agradecía mucho tener esa cola. Duda que pudiera manejar estas formaciones solo con dos manos. (¿Y si se sentaba, podría usar los pies? Guardó ese pensamiento para más tarde). Antes de avanzar, practicó con un conjunto diferente de Runas de Ingeniería, reduciendo el área de efecto a únicamente una pulgada de diámetro. Teóricamente, esto concentraría toda la fuerza de la versión de seis pulgadas en un área apenas 1/36 de su tamaño, incrementando notablemente la penetración del hechizo. Probó usando la formación contra una gran roca. Lo primero que notó fue que era más difícil lanzarla, como si reducir el enfoque añadiera presión a su mente. Pero los resultados fueron claros. Un estruendo ensordecedor, y la roca se estalló en dos mitades. Destruyó dos rocas más antes de continuar, confiando en poder lanzar esta nueva versión de su hechizo de fuerza. Quizá fue el sonido de las rocas siendo destruidas o pura casualidad, pero poco después vio cómo dos Acechadores de Piedra se acercaban lentamente. A cien pies de distancia, impactó al primero con su nueva formación, destrozándole gran parte del pecho y el brazo. El segundo, en cambio, continuó su carga, ganando velocidad. Milo volvió a formar las runas y lanzó otra vez, logrando apenas rozar a la criatura en el hombro. El agotamiento afectaba su puntería. Se concentró intensamente, su cola girando frente a él mientras dibujaba las runas, controlando sus manos las dos Runas Antiguas. La explosión impactó en el Acechador a solo diez pies, haciéndole explotar la cabeza. Milo aceptó la victoria, aunque su puntería había sido alta, apuntando al centro del cuerpo. El último Acechador aún venía hacia él. Lo remató con Sombragrimoso, tomándose un descanso. Le dolía la cabeza y había consumido la mitad de su maná. Necesitaba descansar, pero este no era el lugar adecuado. Se alejó de la zona de batalla, esquivando con sigilo entre las sombras, pasando junto a otra docena de Acechadores. Los monstruos no parecían advertir su presencia si avanzaba lentamente y mantenía pasos suaves. Buscar un lugar para acampar sin encontrarse con estos seres se complicaba a medida que avanzaba en esa dirección. Consideraba adentrarse en uno de los laberintos de túneles en busca de un sitio seguro cuando lo que vio en el próximo foso abierto lo sorprendió: una aldea. Por su aspecto, suponía que en esta zona se agotaba el mineral, los mineros se habían ido, y ese foso se había decidido como lugar para construir. Pequeñas viviendas bordeaban los muros, formando círculos que descendían y avanzaban. Podrían haber vivido allí miles de personas, si se consideraba el tamaño de los antiguos mineros. Escaleras bajaban en algunos lugares, mientras que en otros había escaleras de piedra o agarraderas talladas en la roca. Observó la zona un rato, pero no vio movimiento alguno. No había toldos ni banderas, solo viejos edificios de piedra y pequeñas puertas, a veces con alguna ventana. En el centro del foso había una amplia área plana. Y justo en el medio, se elevaba una torre. La altura de esta torre alcanzaba la misma línea del borde del foso, sin sobresalir más allá del suelo donde Milo se encontraba. Intrigado por ello, comenzó a descender con cautela. En el segundo nivel, ingresó en uno de los edificios más grandes. Las habitaciones eran pequeñas, pero el interior del hogar se adentraba en la ladera del foso, al estilo de los construidos en el Hollow. En la última habitación había una puerta de piedra sellada, que él sospechaba conducía a los antiguos sistemas mineros. La vivienda carecía de objetos que no fueran de piedra. En una habitación, había un pequeño fogón de piedra con chimenea, mesas planas y un gran cuenco que pudo haber sido para agua. Vasijas, bandejas y cucharones de gran tamaño estaban dispersos por el lugar. Las paredes estaban decoradas con hermosos diseños geométricos, conservados con el paso del tiempo. Se habían utilizado minerales diferentes para obtener los colores, mezclados con la piedra más común. Todo cubierto de un fino polvo. Prosiguió su exploración. Tres niveles más abajo, inspeccionó una casa más grande, decorada en el exterior con patrones intrincados y mosaicos brillantes que mostraban la luna y el sol. Al entrar, encontró amplias áreas con pisos azulejados, armarios y mobiliario de diversos tipos de roca, además de una cocina mucho más elaborada que la anterior. Nada estaba fuera de lugar. Estantes llenos de platos, cuencos y copas de malaquita y

lapislázuli. Los azules y verdes brillantes estaban delineados con líneas plateadas, formando los mismos diseños geométricos que estos habitantes gustaban. Gendifur habría querido tener un juego así. Sacó su Botín del Contrabandista y cargó una docena de cada uno en su cofre, junto con bandejas grandes, jarros y una de las urnas grandes. Se alegraba de no haber empacado todo eso en realidad. Cuando cerró el cofre, se preparó para seguir. Quería echar un vistazo a la torre en el centro. No vio signos de criaturas alrededor, pero eso no garantizaba que no hubiera ninguna. Los Acechadores de Piedra podían camuflarse en el entorno y permanecer inmóviles por largos periodos. Evitó cruzar por los techos y se mantuvo bajo, en las sombras más oscuras. La última fila de viviendas antes del centro era grande e imponente, similar a la que había saqueado por sus utensilios de cocina. Una vista rápida mostró una opulencia comparable. Se abstuvo de explorarla y dirigió su atención a la torre. Estaba construida con bloques de piedra macizos, recubierta con una capa exterior de roca común, pero algunas se habían desprendido, revelando las juntas de las piedras bajo ellas. Calculó que tenía unos cincuenta pies de ancho y aproximadamente cuatrocientos de alto. Ventanas estrechas comenzaban después de los primeros cien pies. Milo recorrió el perímetro durante unos cien metros hasta encontrar la única puerta en la base de la torre. Una amplia escalera de caracol la rodeaba, de unos treinta pies de ancho, conduciendo a una abertura a unos cincuenta pies del nivel del suelo. La roca en el centro del foso le resultaba extraña a su sentido de piedra. Era densa y dura; finalmente, el hechizo de Identificar le reveló el nombre: Durumgneiss, un material de nivel cuatro. Eso explicaba por qué la mina se detuvo aquí, y el área central permanecía plana. La capa de roca increíblemente dura impedía seguir extrayendo mineral. Todos los pico y herramientas rotas que había visto eran de hierro o acero oxidados. La técnica de minería consistía en buscar vetas ocultas de Plataíta y excavar alrededor. Con cautela, se acercó a la torre. Un destello plateado llamó su atención. Entre el Durumgneiss se deslizó una línea fina de metal brillante. La única información que le proporcionó Identificar fue un nombre, Durum Argenti. ¿¿¿??!! Plata dura? Observando el entorno rocoso, vio otros pequeños hilos que se volvían más gruesos a medida que se acercaba a la torre. La entrada estaba abierta. La puerta era de vigas de madera, cada una de un pie de lado. La dejamos en el suelo, sus goznes destruidos por golpes de pequeñas picas. La gran sala en la base de la torre parecía un bar enano tras una noche de "cerveza gratis". Mesas y sillas rotas por doquier. Tazas y barriles apaleados por el suelo. Pero mientras un bar enano podría haber tenido unas cuantas docenas de mineros durmiendo tras una borrachera y moretones, este lugar solo albergaba a los muertos. Cientos de pequeños esqueletos, muchos desgarrados o con cráneos destrozados. Se mezclaban con unos pocos esqueletos más grandes. Milo reconoció humanos, orcos y quizás uno o dos elfos. En una esquina, rodeados por pilas de enemigos menores, cuatro esqueletos enanos estaban hechos pedazos. Su correa de malla tosca estaba oxidándose en sus huesos. Cerca, una pila de metal oxidado. Cientos, quizás miles de pequeños collares rotos contaban una historia. ¿Cuántos mineros habrían sido necesarios para derrocar a sus amos? ¿Y cuántos habrían muerto buscando en estas cavernas la riqueza mineral? Milo se sintió cansado solo de pensarlo. La sala se extendía hasta la parte superior de la torre, con una escalera de piedra en espiral en el centro, rodeando un pilar de piedra apenas de seis pulgadas de grosor. La mampostería sorprendió a Milo. Por más que calculase, esa escalera no debería sostenerse por sí sola, pero allí estaba, firme. Comenzó el largo camino hacia la cima, buscando un lugar seguro para descansar y estar solo, lejos de aquel monumento a una antigua batalla. Si ya estaba agotado antes, al llegar arriba estaba exhausto. Era justo lo que quería: un espacio amplio y llano de piedra desnuda. Una pared de dos pies de altura rodeaba el borde. Sacó su tienda y su colchón, llamó a Georgie para que cuidara, y se dejó dormir.